

con la paz de que disfruta su conciencia, el amor de su esposa y de sus hijos, y la bendición de su tierna madre que Dios le ha conservado para regocijo de su corazón de hijo amantísimo.

Hace veinte años que nos conocimos y en ellos se ha nutrido y desarrollado una amistad que nos ha convertido en hermanos. No le doy ni él podría darme otro título, más que el de hermano, en nuestro trato y en nuestras epístolas.

Pero el cariño no ciega y si él no valiera lo que vale, yo no se lo diría porque no gasto lisonjas con nadie y menos con mis íntimos y mis elegidos.

GONZALO A. ESTEVA

(DEL LIBRO « MIS AMIGOS. »)

Hijo de un caballero todo talento y energía y de una dama deslumbradora de belleza y de virtudes, nació el distinguido amigo mío, á quien toca ahora engalanar con su nombre estas páginas, en la heroica ciudad de Veracruz y en un hogar cuyos limpios blasones, en sus dos ramas, brillaban tanto por vincularse en la sociedad más aristocrática como por aquilatarlos sus legítimos méritos de hidalguía y generosidad.

Hay familias en que el talento es un patrimonio que se recoge con el apellido y en las cuales es deber sagrado hacer un buen uso de tan rica herencia.

Gonzalo A. Esteva, dotado de brillante imaginación, amante de los libros y de las armas desde sus primeros años, con gran pasión por las bellas letras y con alas vigorosas para espaciarse en amplios horizontes, entró á la vida pública por la dorada puerta de la diplomacia.

La diplomacia para un soñador joven, es un palacio olímpico en que se respira esencia de nardos, se bebe néctar y se mira á los dioses.

Muy joven partió Esteva para Europa, y los más elegantes salones de Madrid, de Londres y de París, le abrieron sus puertas y le dieron sitio predilecto en sus estrados.

No le llevaba la política, ni el fin de hacer un tratado, ni la santa misión de dirimir un conflicto internacional; le impelía su juventud, esa maga que en sueños apura en vasos de Toscana el vino blanco de Mendés y el rojo de Scyatha, pasea en carros de Sicilia, pisa los tapices de Cartago y duerme en lechos de Mileto. Joven, lleno de inspiración, educado con el escrupuloso celo que distingue para esto á nuestras familias de limpio abolengo, Esteva fué en aquellos días un elegido en los altos círculos, á quienes era infiel sólo cuando halagaba sus sentimientos artísticos visitando y estudiando museos, academias, bibliotecas y teatros.

Nada de esto le impedía consagrarse en sus horas á su labor de oficina, llegando como el inolvidable Núñez Ortega, nuestro último ministro en Bélgica, á ser un hábil y experto secretario de Embajada con toda la discreción y el tino que requiere en tierra extraña el buen desempeño de tan honroso encargo.

Cuando Esteva volvió de Europa, después de haber tratado día por día, lo más selecto de las letras, de las ciencias y de la sociedad elegante y culta, sus ilusiones, como las hijas de Emeso, engalanaban sus frentes con guirnaldas de anémonas y vestían túnicas bordadas de perlas.

Ocupó un empleo de rango en la sección de Europa de la Secretaría de Relaciones Exteriores y se distinguió por el estricto cumplimiento de sus deberes.

En México, á la sazón, se operaba el cambio que fué el principio y la base del progreso actual. — Un sabio,

orador y poeta, derramaba con su talento vaciado en frases griegas, la luz del arte en los espíritus, y congregaba á todos los pensadores para que, reunidos publicarán sus trabajos y hubiera así vida literaria en este país cansado de luchas terribles. Me refiero á Ignacio M. Altamirano y á su periódico « El Renacimiento. » — Gonzalo Esteva y su hermano Roberto, le prestaron valioso contingente y sus nombres en repetidas ocasiones arrancaron el aplauso de los inteligentes desde las páginas de aquella publicación inolvidable.

Gonzalo vivía consagrado á trabajos intelectuales, y como un caballero de los siglos de oro, á esgrimir sus armas para que en ninguna ocasión al necesitarlas en la defensa ó en el ataque, estuviera su brazo cansado ni su pulso torpe.

Traía en su ánimo las impresiones brillantes de cuanto había visto en países grandiosos y con esta savia nutrió las flores de su ingenio que las entregaba por igual á la lira, al periodismo y á la tribuna.

Es condición de la vida, la lucha constante y no era un camino de rosas el que cruzaba mi amigo en medio de sus triunfos. Atraído por la política, obligado á tomar parte en el movimiento social de esas épocas que se tornan oscuras y difíciles porque aún tienen en fermento lo que á todos parece sazonado, entró sin embargo á la prensa y probó amargas y desengaños que ha de haber sufrido en silencio, pues no hubo quien le oyera lamentarse ni quien le viera desmayar por falta de ánimo.

Todo invade la política y nadie deja de tomar en ella su parte activa de mayor ó menor trascendencia. La vida del periodismo es una cadena de no interrumpidos quebrantos en los días de lucha, cuando hay encarnizamiento de partidos, cuando la bandera que se sostiene tremola azotada por el huracán de las ciegas pasiones. Á Gonzalo A. Esteva se le encuentra en estas

luchas, siempre víctima de la amistad, de la palabra empeñada, del compromiso contraído, quedándose unas veces solo en el campo, separándose otras de sus compañeros por razones de convicción y siempre se le encuentra juzgado con dureza, atacado rudamente, herido por los contrarios sin que baste nada á hacerle variar de actitud en las crisis supremas ni á modificar sus razonamientos en las discusiones sosegadas y tranquilas.

Naturalmente la pasión es ciega y cae en abismos, de aquí resulta que la controversia política se torna en discusión personal y concluye en un llamamiento al terreno de las armas. Muchos lances personales ajustados rigurosamente á lo prevenido por las leyes que los regularizan, forman las efemérides del periodista político y Esteva cuenta varios en esa vida de agitación continua en que lo han tenido desde hace muchos años sus labores favoritas.

Gonzalo A. Esteva es en extremo correcto en la forma, en la acción y en la palabra. Elegante en el vestir, pulcro y distinguido en sus maneras, con sello de distinción en su fisonomía, puede comparársele á aquellos capitanes de que habló Tácito en sus estudios sobre la Germania y que según la frase del inmortal historiador « el mayor delito y flaqueza entre ellos es dejar el escudo. »

No podía ser de otra suerte quien desde niño ha tenido por mejor y más grato solaz el manejo de las armas nobles, conociéndolas tanto que ha podido escribir una obra notable sobre su uso y empleo en los lances supremos en que hay que perder la vida antes que la honra.

Caballero en todo semejante á los medievales, es rica la colección de armas que posee y es prominente el lugar que ocupa en las mejores salas donde aquéllas se esgrimen.

Á muchas tareas ha consagrado su talento; siendo

muy joven no le conformó detenerse en Madrid, París y Londres, sino que recorrió además de las naciones de que esas ciudades son capitales, la Holanda, la Alemania, la Bélgica, el Austria y la Italia, donde hizo estudios especiales de arte que le fueron provechosos para completar su educación estética.

Después ha recorrido los Estados Unidos por el Norte y el Oeste, como también el Canadá en donde permaneció algunos días.

Muchos son los periódicos en que su pluma ha trabajado, pero los más notables son « El Federalista » diario admirable por lo selecto de sus artículos, la oportunidad y la profusión de sus noticias y el personal de su redacción en que figuraron escritores de tanto mérito como renombre.

Fundador de « El Renacimiento » con Altamirano, escribió y publicó versos inspirados y novelas que llamaron la atención por la delicadeza de sus argumentos y la limpieza de su estilo. Redactor de « La Revista Universal » sostuvo en ella, en días de tremenda lucha, polémicas de alto interés político, que, si bien inquietaron sus horas sirvieron para darle sitio prominente é inamovible entre los periodistas de mayor fuerza y de más vigorosa péñola.

Con tan sólidos elementos, habiéndose creado un nombre en academias y liceos científicos y literarios, lo que le valió honrosos diplomas y títulos de corporaciones nacionales y extranjeras, fundó hace trece años « El Nacional » á cuyo frente se encuentra todavía, consagrándose á ensanchar la esfera de interés del periódico, sin medir sacrificios ni arredrarse ante los naturales escollos que una empresa y una labor así han demandado en días de prueba y de combate.

Bien reconocida está la importancia de sus trabajos y demuéstranlo claramente los testimonios de consideración que le han dado los gobiernos extranjeros, condecorándolo con órdenes tan reputadas como la de

Carlos III, Isabel la Católica y el Medh-djié de Turquía, para cuyo uso le ha dado permiso el Congreso de la Unión.

Tres veces ha sido diputado al Congreso, y también ha representado como Senador al Estado de Veracruz.

Activo é infatigable por carácter no desmaya jamás en lo que emprende. Es muy vasto y sumamente distinguido el círculo social en que tiene sus más caros afectos y es de aplaudir, que siendo, como es, un capitalista á quien bastaría su fortuna para no exponerse á los azares de la política y del periodismo, preste en ambos su contingente, cuando podría como otros muchos de su rango vivir tranquilo en el lugar que mejor le conviniese.

Hijo amantísimo, ha sufrido tremendo golpe con la muerte reciente del autor de sus días, llegando á quebrantarse su salud y á entristecerse su ánimo como en ninguna otra época de su vida.

Esposo ejemplar y padre amoroso, su hogar es el templo de sus más sagradas ambiciones y allí se consagra después de haber soportado con serenidad los rudos embates de la vida pública, á hacer de sus dos hijos, hombres buenos y útiles, poniendo la base para que no sufran en la tierra las amargas decepciones que él ha probado con la firmeza de un caballero de otras edades.

Tratado en la intimidad, Gonzalo A. Esteva es afable y bondadoso, sin que se le escuchen respecto de sí mismo otras frases que las que dicta una modestia hija de un carácter honrado.

Unido á una dama tan virtuosa como bella, es en la vida privada el modelo que buscan todos aquellos que sueñan con la felicidad doméstica, considerada por los filósofos y pensadores como el mayor de los tesoros y la única envidiable de las riquezas.

No es esto una biografía, es un boceto que otro podrá completar con mejores datos.

Al publicar el retrato del caballero y del amigo, huelgan palabras que pudieran tomarse como lisonjas. Para los lectores de este libro, ese retrato les dará á conocer á la persona de que me ocupo; sus prendas y cualidades relevantes yo las estimo en todo su innegable valor y como las estimo las bosquejo. No tengo al hacerlo otra pretensión que la de tributar justicia á quien para mí nunca ha tenido en su amistad, nada que lo aparte de mi memoria ni que aminore la fuerza de los lazos de simpatía y respetuosa confianza que desde hace algunos años nos estrechan y acercan. En las esferas tranquilas de un afecto sincero, son ajenos del todo al criterio de ambos, los ideales religiosos, políticos y sociales que suelen servir, si son diversos, de fuentes de división y de indiferencia.

Al libro de « Mis Amigos » que sea dicho en verdad nada vale por ser mío, se entra sin otro título que el del afecto, pues nada significan ante el corazón otras dotes, aunque sean á todas luces de mayor interés en la vida moderna.

Gonzalo A. Esteva desde Diciembre de 1891, es Ministro de México en Italia. Reside en Roma, donde es muy querido de todos los hombres eminentes. Allí perdió á su hijo Gonzalo, joven lleno de talento y de virtudes, y consuela su inmensa pena sirviendo con honra á la patria y siendo en la sociedad y en el hogar un modelo de caballeros.

CORONAS DE TRAPO

(DE MIS MEMORIAS DE 30 AÑOS)

— No tengas miedo, me decía un compañero de colegio, tú atesoras grandes disposiciones para autor

dramático, y ya verás qué triunfo tan grande y tan inolvidable alcanzas con tu comedia.

— Sí, hombre, conclúyela; en tres días arreglas el tercer acto y te vas á ver al empresario.

— Que te dé una carta el Dr. Peredo y con eso te basta para que representen la obra antes de que el mes concluya.

— Esa noche sí nos emborrachamos de gusto, porque ha de ser muy bonito verte salir al foro, en medio de los aplausos y de los gritos de entusiasmo.

— Yo, agregó el Coyote, me voy con el Chango á la galería y desde allí pido diana cuando te llame el público.

— No, hombres, diana no; agregó muy serio el panzón Robles; pediremos el Himno Nacional.

— Pero el Himno sólo se les toca á los Presidentes, dijo el Coyote.

— Un autor que triunfa, vale tanto como un Rey, exclamó un colegialito chiquitín y rechoncho, á quien llamábamos el Ratón y que tenía mucho talento.

— Sí, yo te aconsejo que desde este mismo momento te vayas á escribir el tercer acto, y empujándome con cariño me condujeron los compañeros á mi celda de estudiante donde encendí una vela que estaba metida en una botella vacía y después de que me dejaron solo me puse á escribir lleno de esperanzas.

¡Cómo sonríe la gloria entre los quince y los veinte años! ¡Cómo se abrigan ilusiones que parecen creadas para cautivar á los ángeles!

Yo me imaginaba mi obra concluída; al empresario recibíéndomela satisfecho; á los actores ensayándola con la misma escrupulosidad con que ensayarían la mejor comedia del autor de más renombre; me veía dirigiendo las escenas; explicando los parlamentos; determinando todo lo relativo á muebles y á trajes, y ya se me figuraba escuchar el aplauso ensordece-

cedor del público, las felicitaciones de los hombres de letras y las cariñosas lisonjas de los amigos.

Mi pluma no corría; volaba manchando cuartillas y más cuartillas. Me pasé sin darme cuenta, muchas horas escribiendo, y cuando alboreaba el nuevo día, cerré mi trabajo, poniendo estas palabras: «Cae el telón.»
¡Había concluido el tercer acto!

No tuve ganas de dormir y esperaba impaciente que mis compañeros se levantaran para darles cuenta de mi labor y que me dieran su juicio.

Excuso decir que todos ellos me aprobaron mi trabajo y yo lo puse en limpio y fui al teatro á ver al Director de escena.

Me recibió con amabilidad inesperada, y ofreciéndome leer la comedia, me citó para tres días después á las seis de la tarde, en el foro.

Acudí puntual á la cita y no se me olvida la impresión que me produjo aquel teatro, obscuro y solitario; aquel foro, en cuyo centro estaba una mesa de palo blanco y sentados en su derredor los actores y las actrices. Dos bujías largas y gruesas alumbraban débilmente el cuadro.

Llegué con la timidez natural de un imberbe y el Director me dijo sonriendo:

— Lo esperábamos con ansia. Siéntese usted aquí y lea su obra para que luego hagamos el reparto de los papeles.

Ocupé la silla que me indicó, con un miedo que sólo es comparable al que sienten las personas nerviosas cuando se sientan en el sillón en que les han de sacar una muela, pero decidido á todo, comencé la lectura levantando de vez en cuando los ojos para mirar las fisonomías de los actores.

Parecían de mármol. Ninguno daba señales de moverse ni de recrearse con mi trabajo.

— Esta es la primera silba, me dije y seguí leyendo hasta terminar el primer acto.

Cuando acabé, dijo una actriz en tono sentencioso:

— Está fácil, pero hasta ahora no le veo interés palpitante.

— Siga usted joven, siga usted, dijo el Director de escena.

Encendí un cigarro y emprendí la lectura del acto segundo.

Al llegar á un monólogo intencionado y picaresco de la dama joven, noté que causó buen efecto y la actriz sentenciosa exclamó con gusto:

— Muy bonito, muy bonito, yo hago ese papel porque le puedo sacar mucho partido.

Sentí una satisfacción inexplicable y lleno de valor, continué la lectura, recibiendo ardientes felicitaciones cuando la acabé bastante fatigado porque la pieza era larga.

— Ya vé usted, dijo el Director de escena, cómo yo no tengo mal ojo y la obra es de las que se salvan y no tengo inconveniente en que se estrene la semana próxima; por supuesto que la Compañía no tiene recursos para pagar á los autores, pero creo que á usted no lo guía el afán del lucro.

— No señor, le contesté humildemente; á mí no me importa el dinero; yo amo la gloria y no soy tan material que haya pensado en que usted me pague mis derechos.

— No, esos se les paga á los autores de renombre, amiguito, á los López de Ayala, los Dumas, los Serran y para alcanzar esos tamaños todavía tiene usted que andar muchas leguas.

— Y además, agregó la actriz, no crea usted, joven, que vamos á dar su obra porque es buena, sino para probar que tenemos vivos deseos de impulsar el arte dramático en México, alentando á los autores principiantes.

— Sí, ya lo comprendo — le respondí — y les estoy

muy agradecido, aunque tengo mucho miedo al estreno.

— Nada de miedo, dijo el Director, el triunfo corre de mi cuenta, tengo aquí en los telares unos cuarenta ó cincuenta muchachos muy buenos para aplaudir y para gritar cuando se les ordena y esté usted seguro que ni á Echegaray le han aplaudido tanto en España.

— Gracias — contesté ruborizado.

— No, amigo; la gloria se fabrica, porque todo es cuestión de tramoya entre bastidores, y yo necesito fabricar autores de provecho, y que me den muy buenas entradas.

Me volví al colegio, y anuncié á los amigos que á los pocos días irían á verme recibir una silba en el teatro.

Se pusieron locos de alegría, y sin que yo lo supiera se cuotizaron para mandar hacer unas coronas de laurel y encino, con grandes listones con los colores nacionales y con inscripciones sentidas y rumbosas.

Transcurrieron los días, largos como siglos. Yo no concurría á las cátedras por asistir á los ensayos; fui poco á poco intimidando en amistades con las actrices y los actores; encontré deliciosa la vida de las tablas, siempre hablando de triunfos pasados y venidores: recordando personas, personillas y personajes; juzgando á los autores, á los periodistas y á los poetas; siempre con los bolsillos vacíos y las cabezas llenas de humo; en una palabra, viviendo siempre en otras épocas, entre trajes abigarrados, crímenes supuestos, parentescos imposibles y triunfos engañosos.

Comencé á encontrar fastidiosas é insoportables las horas de cátedra; me parecían ignorantes y de poco mundo aquellos compañeros que no se despreciaban nunca del libro de texto y que con una paciencia de Job esperaban alcanzar á costa de sacrificios un título para ejercer una profesión en la sociedad.

Me sentí orgulloso de encontrar en cada actriz una amiga, que se me aparecía vestida de mil maneras diversas en cada día, pues ya me las encontraba de reinas, de esclavas, de campesinas, de novias, de monjas, de pastoras, de guerreros, de furias, de todo cuanto puede imaginarse en el vasto panorama del teatro.

Eso de tutear á los actores más aplaudidos, y de codearse con las damas jóvenes y de entrar á sus cuartos y ver sus cajas de afeites y los vidrios y los oropeles de sus ropas, y sorprender sus simpatías y sus antipatías, sus envidias y sus noblezas, me parecía que era poseer el mayor de los tesoros humanos.

¿Y qué sucedió al fin de cuentas? Que se estrenó mi comedia; que me la aplaudieron los amigos, llamándome al palco escénico cinco ó seis veces, entre los acordes del Himno y los vivas estruendosos que el Coyote y el Chango lanzaron desde la galería.

¿Y después de todo esto? ¡Ah! después de todo esto el verdadero final del drama, los aplausos se disiparon, los gritos se extinguieron, la comedia no volvió á representarse nunca; yo seguí metido entre los bastidores y me quedé al fin con unas cuantas coronas de trapo que ultrajaron las moscas y devoró la polilla.

¿Pero nada más con esto me quedé después de tantos triunfos?

No, señores; me quedé sin el título de médico, que de mucho me hubiera servido en la vida, pues después de la conquista de aquellos laureles, con los que no pude formar una ensalada, me pareció prosaico volver á las cátedras y conquistar el único pasaporte social que se respeta y se considera en nuestro tiempo: la autorización adquirida con el estudio, para ejercer honradamente una profesión científica.

¡Sirva esto de ejemplo y de enseñanza á todos los soñadores de mi calaña y de mi gremio!

Cuando alguna vez me encuentre arrugadas y en-

vejecidas las hojas de aquellas coronas, me digo sin poder sofocar mis remordimientos :

— Más bien que haber escrito comedias, hubiera yo aprendido á extender recetas, pues con ellas se aliviaban algunos dolores y coséchanse algunos cuartos.

No me queda más que un consuelo de no haber terminado mi carrera, el de no haber despachado á nadie al otro mundo.

CUARESMA Y SEMANA SANTA

RECUERDOS DE ANTAÑO

Todo lo va transformando el progreso. Ya no es en nuestros tiempos la Semana Santa ni un remedo siquiera de lo que fué hace treinta años.

Recuerdo que en mis días de niño asombraba la riqueza de las mantillas de las principales damas que asistían devotas á los suntuosos oficios de la Catedral, de San Francisco, de San Agustín, de la Encarnación y al memorable sermón de las tres horas en la Profesa.

No había por entonces tranvías ni ferrocarriles y las gentes ricas de las provincias, venían á México, no sólo sacrificando grandes cantidades de dinero en sus gastos, sino dando pruebas de valor heroico al entregarse á todos los peligros y vicisitudes del camino.

Día por día se hablaba de las atrocidades que cometían los ladrones en Río Frío, en la Cuesta China, en el Guaje, en el Monte de las Cruces, en la Cuesta

de Barrientos y en las cercanías de las garitas de México.

Se contaba que cada diligencia era asaltada tres ó cuatro veces, llegando los pasajeros al término de su viaje, con el traje de Adán y de Eva y con la humillación de haberse AZORRILLADO ante los facinerosos

Y aquí debo advertir, que cuando una diligencia era detenida para robarla, los ladrones gritaban á los pasajeros : AZORRILENSE y lo mismo el anciano, que la joven más bella, bajaban del vehículo, se arrodillaban en el suelo y pegaban al polvo la frente, cubriéndose el rostro con las manos.

Esto era lo que se llamaba AZORRILLARSE y mientras guardaban esa actitud los pasajeros, los ladrones rompían baúles, abrían la balija de la correspondencia, cargaban con los abrigos de las víctimas, registraban debajo de los cojines y entre los pliegues del tapiz del coche, persiguiendo alhajas ó dinero; desnudaban al viajero que llevaba buena ropa y ultrajaban á todos, exceptuando únicamente al cochero que no en vano los llamaba LOS COMPADRES.

Viajar así era tan peligroso, que las gentes á quienes la necesidad obligaba á mudar de residencia, se confesaban y comulgaban y venían rezando constantemente en el camino.

Además de esos peligros, la tardanza en los viajes bastaba para espantar á cualquiera, pues seis ú ocho días de golpes dentro de la diligencia, no dejaban sano ningún hueso y téngasse entendido que la molestia empezaba desde las dos ó las cuatro de la mañana, para terminar á las nueve y muchas veces á las once ó doce de la noche.

En la estación de lluvias, la cosa era para morir, pues jornadas que en tiempo de secas se hacían en

doce ó catorce horas, necesitaban diez ó doce días para rendirlas, como la de Lagos á Guadalajara.

Por esto los fuereños que venían á México en los días santos merecían toda clase de consideraciones.

Hoy el ferrocarril ha nulificado las distancias, ha uniformado las modas y las costumbres y le ha quitado la novedad á los productos y artefactos de las más lejanas ciudades.

« In illo tempore » causaban estusiamo los muéganos, camotes y jabones de la Puebla; los dulces de Querétaro, en sus cajas, con las clásicas viñetas azules, anunciando las dulcerías de « El Pavo » y de « El Ave del Paraíso; » los guayabates, peronates y otros muchos « ates » de Morelia; las tablillas de chocolate, revestidas de preciosas figuras de camalote, traídas de Oaxaca; los quesos de la Barca; los plateados calabazates de Guadalajara; la tirilla de durazno de Durango; los uvates de Aguascalientes; el melado de las haciendas de « Caña, » con las enormes calabazas en tacha; la cecina de la Huasteca; el tasajo de la Frontera y los hoy escasos y rebuscados perros de Chihuahua.

En materia de perros, no abundaban mucho en México, las variadas y finísimas razas que hoy son tan comunes. Era muy estimado el perrito poblano, diminuto, regordete, pachón con una especie de lana blanca y brillante, con medio cuerpo afeitado, mostrando la piel color de rosa; con grandes motas, á guisa de esponjados: vellones en las puntas de las orejas y de la cola, y con un listón azul ó encarnado en el cuello.

Estos perritos que se llamaban generalmente: Polión, Jazmín, Palomo, Dorila ó Duquesa no se han extinguido completamente,

Vinieron después los galgos tan esbeltos y tan ligeros, como inútiles é ingratos.

Pero no divaguemos; era de verse la Plaza de Armas sin el jardín del centro, llena de puestos rústicos para la venta de las palmas en la mañana del Domingo de Ramos. Se hacía un gran consumo porque no había familia que no adornara con una palma cada balcón ó ventana de su casa, ni había muchacho, ni muchacha, ni viejo ni vieja, que asistiera sin palma en la mano á la solemne bendición en la Catedral.

En todas las casas se ponía el altar el Viernes de Dolores, con sus platos y platones de trigo amarillo por la falta de sol, y sujeto con cintas de papel picado azul ó color de rosa; sus cantaritos de barro poroso revestidos de chía ó de alegría; las torteras con lentejas ó maíz; las tacitas con piñones y garbanzos y los grandes frascos de aguas azules, coloradas y verdes. Todo esto colocado sobre blanquísimos lienzos, entre muchas naranjas cubiertas de banderitas de plata y oro volador, y la profusión de ramos de flores y de luces daba al conjunto un aspecto alegre y simpático, acentuándolo la abigarrada concurrencia que apuraba á grandes sorbos la horchata, tamarindo, chía, limón y piña. Todavía no se usaba la flor de Jamaica, ni se favorecía á la pulmonía y la dispepsia con el abuso del hielo.

El encanto del viernes de Dolores era la compra de las amapolas en el embarcadero del Canal de la Vega.

No puedo recordar esto sin sentir en mi corazón como un soplo de frescura y de felicidad que me acerca á las dichas muertas, á las esperanzas desvanecidas, á tantos ensueños que se disiparon como los celajes de oro y de nácar que embellecen el horizonte en una tarde serena para dar paso á la obscuridad de la noche.

Con cuánto afán se dejaba el lecho al rayar el día, para ir á buscar á la novia de quince años, pura, candorosa, risueña, que con las mejillas encendidas, los ojos brillantes y el pelo en ese gracioso desorden que mal encubre el tápalo de lana, nos esperaba á la orilla del Canal, junto á las canoas repletas de verdura, hablando con el remero de calzón remangado y brazos desnudos, sobre el preció del inmenso ramo de amapolas que había de adornar el doméstico tabernáculo consagrado á la Virgen de los Dolores.

¡Ah! deliciosas mañanas, envidiables horas! ¡Novias tan amorosas como amadas! ¡Amores llenos de esperanza y de pureza! ¿A dónde estáis ahora? ¿Dormís el eterno sueño en esa fosa profunda que se llama el pasado?

Lesbia, Lupe, Carmen, Matilde, Lola; pero la lista es larga: niñas de crenchas rubias, de rizos negros, de bucles castaños, de pupilas ya azules como el cielo, ya negras como el desengaño, ya pardas como la madera de sándalo, ya verdes y húmedas como las hojas de los plátanos; asomaos un instante todas juntas á nuestro corazón, no como sois ahora, sino como erais entonces; no á decirnos lo que habéis logrado sino lo que soñabais lograr cuando nos amábamos. Traed á vuestra memoria aquellas mañanas en que el olor á tierra mojada saturaba nuestros pulmones: en que no había góndola de Venecia, comparable á la tosca y pesada canoa repleta de verdura, sobre la cual nos miraba el indio remero, comprendiendo que sus amapolas color de sangre estaban menos encendidas que nuestras almas.

¡Oh ingratas novias! Hoy ya no nos conocemos; ya no acude la gente á los mismos sitios que fueron nuestras delicias; el paseo de las flores se ha aristocra-

tizado como todo y sobre la alfombra de hojas marchitas que truenan bajo nuestros pies, paseamos, ellas y nosotros, un cuerpo fatigado, una alma descreída y una cabeza de canas.

Y sin embargo, al encerrarnos con nuestros recuerdos en la soledad de la alcoba, volviendo con las alas de la ilusión á aquellos inolvidables días, surgen esas cabecitas de crenchas rubias, de rizos negros, de bucles castaños, y con sus ojos negros ó azules, pardos ó verdes, nos miran con tan inmenso amor, con tan grande misericordia, que no podemos menos que suspirar, llorando sin lágrimas, por tanta dicha muerta y por tantas esperanzas desvanecidas.

La Semana Santa era solemne. Desde el miércoles santo se suspendía el tráfico de carruajes, y no volvía á sonar ningún instrumento de música y enmudecían las campanas. Con una gran matraca se anunciaban las horas en la torre; todos los altares estaban velados y en los hogares los padres relataban á sus hijos la vida y la pasión de Jesucristo.

Las más ricas y opulentas señoras, arrastrando por el polvo sus costosos trajes de seda, iban á pie á visitar los monumentos.

La procesión del Santo Entierro que salía de Santo Domingo, el viernes Santo, conmovía los corazones y aún suena en mis oídos la ronca voz del pregonero que delante del Señor de la Expiración iba gritando:

« Hincándose de rodillas, rezando un credo, delante de este Divino Señor, se ganan ciento cincuenta días de indulgencia. »

Y la multitud se arrodillaba, entonando el Credo; y aquel murmullo sordo como de un mar agitado por el huracán, pavorizaba mi alma de niño.

Al Señor de la Expiración, á ese mismo Cristo que

todos conocemos en México, lo cargaban en pesadas andas muchos señores y jóvenes de buenas familias, que se iban turnando en cada esquina.

A veces, el Cristo parecía caerse de un lado, porque con su peso doblegaba á los que le llevaban en hombros. Pedían éstos que los remudaran y el sacristán con aire de marcial energía, gritaba con ira:

« Hagan lomo y no repelen los que cargan al Señor. »

Y con gran humildad se enderezaban aquellos buenos y sumisos devotos y la procesión continuaba su orden.

El Viernes Santo, veíanse las calles repletas de damas enlutadas; se oía crujir la rica seda sobre las baldosas y no eran pocos los fieles que desde las doce asistían, de rigurosa etiqueta, á las ceremonias de Agonías en los Conventos de Santa Teresa, San Juan de la Penitencia, San Felipe Neri y los Ángeles.

Se buscaba siempre el mejor orador sagrado, para el sermón de las Tres Horas, en la Profesa, y era de rigor, siendo de buen linaje, acudir á escucharlo.

El templo velado por grandes paños negros, la Virgen sola y desamparada, y como dice Bernardo López García en su preciosa composición « Mater Dolorosa »

Y la luz que en el altar
Mal á la sombra resiste,
Está tan triste, tan triste,
Que no se atreve á alumbrar.

El Sábado de Gloria, á las diez, aturdían los repiques y los cohetes y se quemaban, como ahora, los judas, y en grandes carros adornados entraba el pulque, para volverle al pueblo la alegría y el desorden.

No es posible arrancar de enmedio de este cuadro de recuerdos las veneradas imágenes de nuestros padres.

Ellos imponían respeto y grandeza en el hogar á tantas manifestaciones de la fé cristiana.

¡Los años han corrido y el progreso ha transformado todo: otras son las gentes; distintas son las costumbres; el hogar se ha deshecho; nuestros padres duermen en el sepulcro, y la fé, la cándida fé de aquellos hermosos días, se fué con ellos, está sobre su sepulcro como una estrella, que si no infunde calor á nuestras almas, refleja al menos su luz esplendorosa sobre la senda incierta por dondê se han ido los que amábamos!

UN ARTISTA COLOMBIANO

(DE MIS MEMORIAS DE TREINTA AÑOS.)

Federico Rodríguez es un joven pintor colombiano que acaba de llamar la atención del público inteligente con su cuadro « Edipo », presentado en nuestra última Exposición de Bellas Artes.

Debo decir algunas palabras acerca de este artista que tanta honra da á su patria, y que tantos admiradores y amigos ha conquistado en la mía.

En cierta ocasión — hará seis años — se me presentó un joven de cabellera rubia y ensortijada, de ojos azules y melancólicos, de barba sedosa, color de oro, tupida, y que daba á su rostro la expresión dulce y vaga que imprimen á las fisonomías de sus Cristos los pintores alemanes.

Acercóseme respetuoso, y me dijo que era originario de una tierra donde se lefau con agrado mis

versos, donde era yo estimado y conocido y que, por lo mismo, deseaba estrecharme la mano, llevarme á su casa y presentarme á un compatriota sruyo.

En cuanto supe que venía de Colombia, que había nacido en Bogotá, y que estaba pensionado por su gobierno para cursar el arte pictórico en nuestra Academia, me interesó vivamente y me puse con agradecimiento á sus órdenes.

Después de arreglar la hora en que deberíamos vernos más tarde, convinimos en que él y su amigo me esperarían en el cuarto que ocupaban en una casa de huéspedes de la calle de Santa Inés.

..

Aquel joven se llamaba Baldomero Castro.

Á la hora fijada y acompañado de dos amigos íntimos, llegué á buscarlo, y en verdad que recibí la más grata de las sorpresas.

El cuarto, el humildísimo cuarto, estaba decorado con las banderas de Colombia y de México, artísticamente enlazadas entre palmas, guirnaldas y coronas de laurel y encino. Lucían sobre los muros lienzos con bocetos al carbón, al lápiz y al óleo denunciando el ejercicio y la vocación de los que tan galantemente me recibían.

Baldomero me presentó con su amigo y compatriota, Federico Rodríguez, y desde luego advertí en él, eso que no se describe, ni se palpa, ni se define, la aureola, el nimbo, la claridad de un talento velado por espontánea y natural modestia.

De tipo diverso de su coterráneo, hallé en su semblante, en sus ojos oscuros y vivos, en su frente espaciosa y abovedada, en el resuelto y desordenado cabello y en la agudeza de las líneas inferiores del rostro, no sé qué reflejo de indiferente serenidad

ante el porvenir y de firmeza estoica para la lucha por la vida.

Mis amigos y yo, miramos con detenimiento los cuadros, hablamos de los asuntos que representaban y en seguida apuramos una copa de champagne.

Era natural que yo hablara de Colombia, de sus glorias y de sus grandezas, y viniéronse en tropel á mi mente y á mis labios, los nombres y los versos de los poetas que con tanta devoción he leído, y surgió ante mis ojos la quinta de San Pedro Alejandrino, en Santa Marta, donde murió el gran Bolívar, olvidado, triste, lleno de amargura, después de haber exclamado: « Quién sabe siaré en el mar ó edificué en el viento y si caerán sobre mí los anatemas de mil generaciones. »

Pronunciar juntos los nombres de Hidalgo y de Bolívar; evocar á un mismo tiempo que los de Morelos, el heroísmo y el martirio de Atanasio Girardo, en cuya tumba lloró el libertador, como Morelos por Galeana; juntar el espíritu de dos pueblos, el colombiano y el mexicano, al pie de sus banderas, en un fraternal abrazo, y en un grito del alma, bastó para que desbordara el entusiasmo y para que el aposento de los jóvenes artistas se iluminara más con lumbre de nuestras simpatías, que con las lámparas que lo decoraban.

..

Recordé la solemne poesía del gran poeta José Eusebio Caro: « En boca del último Yuca ». Hablamos de Miguel Antonio Caro, egregio cantor de Bolívar, erudito traductor de Virgilio y que en unión del insigne filólogo Rufino José Cuervo, escribió una notable Gramática Latina, de José Davio Guarín, del malogrado Epifanio Mejía, aquel que en su canto del antioqueño, dice:

Amo el sol porque anda libre
Sobre la azulada esfera,
Y al huracán porque silba
Con libertad en las selvas.
¡Oh libertad que perfumas
Las montañas de mi tierra,
Deja que aspiren mis hijos
Tus olorosas esencias!

Recordamos de D. Rafael Núñez, « El Mar Muerto », « La Mujer » y Moisés : y Federico Rodríguez recitó entusiasmado unos versos de Belisario Peña, su paisano, pues nació como él, en Cipaquiza (Departamento de Cundinamarca) intitulados : « Á la muerte de F. Ortés Barrera », que son lindísimos, y yo leí « La Limosna », del General Lázaro María Pérez, ilustre colombiano, periodista de renombre, dramaturgo aplaudido y diplomático que se hizo estimar de cuantos le trataron. — Mucho escribí al General siendo yo muy joven, y muchas deliciosas cartas cuyas guardo con devoción cariñosa.

Rodríguez leyó en seguida « El Bambuco » de Rafael Pombo, y así nos hizo sentir y entender los aires que reproducen los « tiples » y que en verdad tienen mucho de lo nuestro.

En seguida hablamos de libertades, de mártires, de héroes.

— No sabremos hablar acaso, — dijo Federico Rodríguez — pero confieso que amamos á México y á sus glorias, y lo decimos en este instante en que nuestro pensamiento vuela de aquí á nuestros hogares como una águila, que partiera de la cima del Popocatepetl á bañarse en las ondas del pintoresco é inolvidable río Magdalena, que cruzamos tristes al alejarnos de la patria. ¡ Viva México ! ¡ Vivan sus grandes hombres ! ¡ La América es una gran patria y todos los que en ella nacimos somos hermanos !

Después de los aplausos que provocaron estas palabras, Rodríguez y Castro descolgaron unas guitarras para mí extrañas por la forma, de largo mango y de caja angosta.

— Estos son los TIPLES COLOMBIANOS, dijo Baldomero y vamos á tocar algunos sonos populares de mi país, para que los conozcan.

No puedo olvidar aquellos instantes.

Brotaban de las cuerdas notas misteriosas, gemidos, sollozos, quejas, ruegos, declaraciones, plegarias, suspiros, ayes, reproches, preguntas, adioses... todo lo que un pueblo triste, imaginativo, doliente y soñador, piensa y habla en el idioma sin palabras de la música.

Rafael Pombo, el inspirado y erudito Rafael Pombo, el patriota esclarecido, adorador del arte y de los artistas, ha dicho :

¡ Música y Poesía ! un mismo anhelo,
De completar la tierra con el cielo,
El sur con su modelo,
Con el Creador al hombre ;
Versión diversa con diverso nombre
De un mismo impulso universal, profundo,
AQUÉLLA ES ÉSTA, traducida al cielo ;
ÉSTA ES AQUÉLLA, traducida al mundo.

Son muy originales los BAMBUCOS, semejantes en algún rasgueo á las JAVERAS, SOLEDÁES y PLAYERAS de los andaluces ; iguales en otro á las balonas de nuestras costas, y extraños y sentidos por la dulcísima y á la vez dolorida expresión, en el conjunto, — cuantos se tocaron en los TIPLES, nos produjeron la más arrobadora de las sugerencias, y sufrimos y gazamos bajo la misteriosa influencia de las notas.

Las horas volaron sin sentir las y nos separamos ya muy empezada la mañana, pues se oía el alegre canto del gallo.

Grave delito hubiera sido no visitar con frecuencia á tan entusiastas amigos y no llevarlos á reuniones donde sus talentos fueran estimados y aplaudidos.

En la casa de mi nunca bien llorado amigo, Nicolás Domínguez Cowan, caballero de otras edades, por la honra sin tacha y la corrección ejemplar de sus palabras, de sus maneras y de sus obras, Castro y Rodríguez fueron objeto de entusiastas manifestaciones de simpatía y cariño.

Un día, Baldomero Castro comenzó á toser y á sentir opresión constante en el pecho, y era en los momentos en que preparaba un viaje á París para continuar sus estudios de arte.

¡Ah! pobrecillo! empezó á ver cómo caían las hojas y á delirar con sentirse feliz entre los brazos de su ausente madre.

¡Y fué á París, y no lo recibió bien el clima y regresó á Bogotá, y pudo besar la frente de la que le dió la vida, y la abrazó y se murió luego, acariciándola con la mirada de aquellos sus ojos dulces y lánguidos como los de los Cristos alemanes!

Quedó en México solo, Federico Rodríguez.

Acostumbrado á la lucha, sin haber tenido pensión para defenderse de los rigores de la miseria, sin amigos, sin amparo seguro, le confortaba lo que podía á través de miles y miles de leguas.

Rodríguez comenzó en Bogotá, en la Escuela Nacional de Bellas Artes la carrera de escultor y en 1890 obtuvo el segundo premio de escultura, en 1891 ganó el premio de dibujo y en 1892 mereció diploma de honor y la medalla de plata como escultor.

Era entonces Rector de la Escuela el Sr. Césare Sighinolfi, y componían el jurado los aplaudidos poetas Diego Follón y Rafael Pombo; el sabio jesuita Santiago Páramo, el muy discreto profesor de dibujo Pedro Carlos Manrique; el escultor Luis Ramelli y el profesor de pintura Fillippo Mastellaré.

Rodríguez guarda con veneración esos diplomas, en uno de los cuales está la firma de nuestro reputado pintor Felipe S. Gutiérrez, que tan querido fué en Colombia.

Mucho ha trabajado el joven artista. Conozco sus estudios de dibujo y principalmente los del yeso, habiéndome cautivado con los que representan « Sileno y Roco » « Venus saliendo del baño » « Un gladiador » « La Venus de Médicis » y « Sófocles. »

Tiene acuarelas hermosas y bocetos de cuadros que son creaciones originales.

Entre éstos figura uno que se llama « Abandonada. » Es una joven que ve morir á su hijo en la puerta del hogar y mientras con un brazo lo recoge, con el otro se cubre los ojos llenos de lágrimas.

¿Y el boceto « Es ella »? — un hombre que por desengaños se consagró al claustro; que viste el hábito religioso y que tiene en el rostro la expresión de las decepciones y de las amarguras humanas, aparece en la capilla consagrada al depósito de cadáveres y levanta el paño con que está cubierto el de una mujer desconocida. — Se asombra ante su hermosura y exclama trémulo: « ¡es ella! » — Y en efecto, es el cadáver de la que le hirió el alma y le obligó á profesar en un convento de frailes.

Los bocetos « Bolívar en el destierro, » y « Ricarte » son de gran mérito, así como el de una escena del Diluvio, pero ninguno tiene la originalidad, el

vigor y la belleza del que se intitula « La Duda. » — Aparece Martín Lutero, con el semblante contraído y turbado por todas las agitaciones interiores que sacuden su espíritu.

En la mirada, en el gesto, en aquellas manos juntas y contraídas; en la nerviosa actitud del conjunto, se transparenta, se diafaniza su conciencia; ruge á sus pies la ola encrespada de un mar tempestuoso, y allá, donde la mirada del reformador se fija buscando un destello de verdad ó de esperanza, surge el Cristo y en torno de él, á los pies de la cruz, la humanidad, representada por muchas figuras que se apiñan y se confunden con los brazos alzados por la plegaria, acude con lágrimas en los ojos y rayos en los labios.

Ese será un gran cuadro de Federico Rodríguez.

Tenaz en el estudio, ejemplar como amigo, modelo por temperamento y artista por sangre, concurrió á costa de mil sacrificios á las clases de nuestra Academia, abedeció y soportó las exigencias de los maestros y al fin, después de varios años de brega, extendió con libertad las alas y se puso á ejercer su profesión, enseñando, creando obras y..... pintando retratos para buscar el pan, pues sólo así lo encuentran ahora los pintores.

Quando ya le conocía el público; cuando ya en su taller le rodeaban algunos discípulos; cuando ya se preparaba para llevar á su padre, ídolo de su alma, un laurel alcanzado en tierra extraña, y alguna moneda de oro recogida como premio en el torneo del talento; cuando ya se sentía feliz por ser dueño de sí mismo, el correo le trajo una carta que transpuso los Andes, cruzó los mares y llegó á México listada de negro.

Su padre había muerto en Bogotá, anhelando ver al hijo ausente; había muerto pronunciando su nombre, buscándolo con el pensamiento y enviándole con el postrer beso sus más santas bendiciones.

¡Oh, pobre artista! Solo, en el silencio de su estudio, entre los bocetos concluídos y los lienzos comenzados; junto á su caja de colores y en frente del caballete de trabajo, hundió la cabeza entre las manos comprimió sus sollozos, pensó en la patria lejana, en el hogar sombrío, en sus días de niño, en el padre que esperaba verlo convertido en hombre y con una carrera de gloria y.... dejó correr sus lágrimas.

¡Momentos espantosos de dolor, de desesperación y de angustia! ¡Cuán triste ha de haber visto el pintor, al través del propio llanto, aparecer en sus recuerdos aquel pintoresco río Magdalena, por donde cruzó la vez última, al abandonar Colombia!

El dolor abrió una herida en su alma; vistió su cuerpo de negro; selló su boca con la tristeza más honda, y siguió trabajando.

En esos días, pintó el cuadro « Edipo, » cuyo primer intento no fué de su agrado y lo rehizo para exponerlo en la Academia. Todos conocen el magnífico cuadro.

Rodríguez es un artista de corazón, un soñador que traslada al lienzo sus concepciones y pinta con tal entusiasmo, que un gran maestro francés decía, mirando sus cuadros: « este joven pone carne en los pinceles, por eso deja en los rostros calor de sangre y brillantez de salud y de vida. »

El artista á quien tanto admiro, cuenta apenas veintiséis años, es decir, está en el vestíbulo de oro y grana de la mejor edad y de las más útiles labores del genio. Es trabajador infatigable; crea, copia, estudia y propaga.

Acaso en Colombia, muy pocos sepan que aquí hay un colombiano de tanto mérito y de tanta modestia,